

El tiempo ha nivelado los hombres, la biología ha impuesto su verdad absoluta, y por otra parte el siglo está dispuesto a entregarse a los que dominan la técnica que los antiguos, roídos de molicie y snobismo no han cuidado de aprender.

A pesar de todo, Acevedo Hernández, con su tenacidad, el cariño que tiene a su pueblo, y su conocimiento del ambiente en que éste vive; puede darnos no ya documentos deficientemente interpretados, sino obras maestras y reveladoras, el día en que a su actitud de apóstol y sociólogo suceda una visión más objetiva y amplia del tema tratado.—*Juan Uribe Echevarría.*



LA POESÍA LÍRICA MEXICANA, por *Arturo Torres Rioseco*, Imp. Universitaria, Santiago, 1933.

En el N.º 95 de la gran revista de la Universidad de Concepción—ATENEA—apareció, por primera vez, el ensayo que voy a comentar.

En un pulcro folleto, que Domingo Melfi puso a mi disposición, emprendo la lectura del estudio de Torres Rioseco. El tema es incitante.

¿Quién no ha sentido interés por saber algo de México? La República nortina tiene como un mágico sortilegio que prende en el corazón y produce ansia de conocerla. No pierdo la esperanza de pisar el suelo de los aztecas, raza acaso egipcia o judía... Pero quede el anhelo de viaje y la sentimental divagación para oportunidad más propicia.

Emprendo, pues, esta poética peregrinación en compañía de un conocedor profundo y sagaz de la poemática mexicana: Arturo Torres Rioseco. Actual Virgilio, me acompaña por los diversos círculos del orbe lírico de México, y como el vate del Dante, me explica con conocimiento y cariño, la obra de cada poeta.

Según Torres «la poesía ha sido cultivada en México con más intensidad que los otros géneros literarios» (p. 6). Verdad pura. Porque ya en el Siglo XVI hay más de trescientos «rimadores» y en el Siglo XVII se destaca la figura de gran formato del continente colombino: Sor Juana Inés de la Cruz.

El panorama de Torres se dilata desde esta singular poetisa hasta Xavier Villaurrutia, el «poeta completamente intelectuallizado» dos de cuyas poesías no resisto a la tentación de reproducir:

ALBA:

Lenta y morada—pone ojeras en los cristales—y en la mirada.

TRANVÍAS:

Casas que corren locas—de incendio, huyendo—de sí mismas,—entre los esqueletos de las otras—inmóviles, quemadas ya.

Se señalan con el relieve que le corresponde: Nervo, González Martínez, Díaz Mirón, Alfonso Reyes, Torres Bodet, Jenaro Estrada, López Velarde, etc.

Es un ensayo en simpatía y de un hombre competente. «En esta perspectiva—acaso incompleta—puede que los contornos estén acentuados enfáticamente. No he querido que la distancia haga borroso los aspectos». Así termina Torres su logrado, aunque elíptico estudio.

El autor de «AUSENCIA»—poeta de recia entroncadura en el Romancero castellano, de finos matices, de singulares tropos y novedosas metáforas—es un crítico de solvencia literaria. En la lista de sus obras tiene cuatro libros que abordan este género. Es en su aspecto de crítico que me ha cabido tratarlo primero en esta revisión. De ahí que termine esta glosa con un pedido—puede ser que lea la presente notícula—: dedique a la poesía chilena un ensayo parejo al en que estudia el lirismo mexicano.

Los trabajos críticos nacionales existentes, son de una egestad vergonzosa. Es doloroso tener que escribirlo; pero la verdad debe decirse. Por otra parte, dada la competencia de Torres Rioseco, un ensayo en que abordase semejante tópico, sería provechoso de todas maneras, aunque se publicasen trabajos paralelos al que me permito solicitar.—*Norberto Pinilla.*



ENSAYO BIOLÓGICO SOBRE ENRIQUE IV DE CASTILLA Y SU TIEMPO, por *El Dr. Gregorio Marañón.*

No podemos negar los beneficios que han aportado a la cultura general del país las ediciones, a bajo precio, de los buenos